

La caverna

No hace mucho terminé de leer la novela *la Caverna* de José Saramago y como generalmente ocurre con sus escritos una serie de divagaciones filosóficas y sociales me han asaltado. Un libro que fue como una tormenta de rayos y truenos retumbando en mis arcillosas paredes del pensamiento. A quienes no lo han leído los invito de especial manera a que se impregnen de sus letras insidiosas, paganas y rebeldes a los encierros modernos.

En primer lugar, el tema principal de la obra: la preocupación siempre vigente de la transformación desenfrenada de todo el aparato social y económico. En segundo lugar: la invitación de Saramago a vivir en primera persona, a través del personaje principal de Cipriano Algor, las inquietudes, los vacíos, las ausencias, los reemplazos de la historia, particularmente de su historia y, junto a ella, el modo y los espacios de vivir en la casa de la alfarería en un pueblo periférico de una ciudad cualquiera, como esta. Aquí pone varios temas gruesos: la recreación artificial del mundo, la desposesión del trabajo y el intelecto como únicas cualidades humanas y, por ende, la dependencia de lo ajeno, llámese éste capital, relaciones sociales hegemónicas, estructuras sociales, instituciones etc. Como lector puedo decir que una de las cosas más fascinantes de un libro es precisamente internalizar el ambiente, las condiciones o características de los personajes, pensarse en la otredad en los mismos ojos del protagonista o personajes secundarios y confundirse uno mismo con las sensaciones, sentimientos y ambivalencias, es romper desde las letras la propia subjetividad. Finalmente, coloca en la mente del lector la imagen fulminante del fracaso de la humanidad, una alegoría pesada y vibrante que retumba en ecos desde el momento de su descubrimiento: los estatutos de piedra los he llamado yo, que vienen acompañados de todo el contenido y simbologías del libro, me refiero, por supuesto a *nosotros* en la caverna debajo del Centro, esa calamidad disfrazada de tentación, desarrollo y progreso. A esta imagen le sobreviene inmediatamente, como contraposición, las esperanzas de los personajes del libro (Cipriano, Marta, Marcial, Isaura, y el mismo Encontrado) y las del autor, supongo: la decisión de libertad, producida por la consciencia de su estrechamiento causado a su vez por el enjambre de negaciones, aniquilaciones y asimilaciones de un modo de trabajo que pasa a ser la vida y la historia misma de Cipriano y su familia. Pues bien, quiero referirme al libro pero sin dejar de hacer apuntes a la realidad tal como está en estos momentos.

La transformación desenfrenada del aparato social y económico conlleva al desmantelamiento de modos y estructuras sociales que parecen desencajar en las necesidades creadas por ese nuevo estado de cosas, y así mismo consume aquellas formas de vida ajenas a su inmanencia, como lo hace una avalancha de nieve cuando se desliza por la montaña atragantándose todo a su paso. Se crea así un imán hegemónico que va asimilando a las personas y/o modos de vidas que estén dispuestas a seguir con el orden planteado, las nuevas caracterizaciones y directrices postuladas. ¡Claro! La primordial condición es tener la capacidad adquisitiva y mental suficiente para hacerlo, de lo contrario se los exilia y margina, aún más a aquellos quienes no están de acuerdo, a las que rechazan sus movimientos gelatinosos, es decir, la gran mayoría de personas que no tiene más que ofrecer sino su existencia desarraigada; aquí me refiero, entonces, a la tensión entre el crecimiento de los límites del Centro y Las Chabolas pauperizadas: una dinámica de asimilación y exclusión constante en donde se imponen barreras sociales y reales; las de cemento pero también las de especialidades, técnicas, modas y

actualizaciones desenfrenadas. El libro así nos lleva a traspasar de unas páginas, de las palabras, a nuestro alrededor más inmediato.

El Centro conlleva a la creación de perspectivas de vida que obedecen a un conjunto de prohibiciones y mandatos: no debes ir por ahí indagando cosas, le dicen a Cipriano cuando éste decide establecerse allí, en un pequeño apartamento, con el yerno y su hija; las disposiciones del tiempo se manejan dentro como vivencias artificiales; prácticamente entrar en ese circuito es vivir según el Centro lo disponga. Las Chabolas por su parte son los cinturones de exclusión y pobreza que son apartadas cada vez más de ese mundo extremadamente tecnificado y artificial personificado en el Centro, un margen destinado a la supervivencia; están regladas por lo que se les puede permitir hacer, un caos controlado, y por el engaño porque sobre éstas cae el peso ideológico de la civilización en términos de que son éstas donde se producen los males sociales y por el peso de ley quien entra a poner el orden televisado.

Ahora bien, para no dañarle a alguien el libro anticipando situaciones o desenlaces, diré solamente que la desaparición de un modo de vida causado por los cambios en toda la estructura económica supone nuevas composiciones de las actividades económicas, y la utilización del trabajo y el capital.

Detrás de esta preocupación de la transformación desenfrenada del aparato social y económico se encuentra la alarma estética de Saramago, es decir ¿sobre qué confusos y aparentes placeres se viene construyendo la sociedad? Es la pregunta de fondo del autor.

El siglo XXI ha deparado grandes cambios en todos los aspectos. Podríamos hacer un ejercicio, auscultar el barrio de cada uno y hacer la arqueología de la economía y el comercio, ¿Qué es lo que impera en estos momentos y qué cosas han sido aniquiladas del todo, o hegemónicas por procesos sistemáticos de producción? Eso depende del barrio en el que se esté claro está. Sin embargo, hay tendencias a la desaparición de los muñecos de felpa o madera, de los instrumentos musicales, las hechuras de las guitarras, de las artesanías, de las alfarerías, de las librerías, de los juegos infantiles de calle como "La Lleva", "El Ponchado", entre otros, y se han propagado por todas partes los bares, los videojuegos, la supervivencia, las cosas que en verdad se venden y propagan el sedentarismo y la quietud mental. El arte, y junto a él las sensibilidades y las emociones, tienden a desaparecer; lo ordinario y decadente prevalece por estos días. No lo digo en los términos ególatras de los intelectuales sino, más bien, de alguien que reconoce ciertas dinámicas sociales y, a la vez que disfruta de lo decante, se da cuenta de su proceso hegemónico. De esa manera una sociedad que permite la desaparición del arte está condenada a las vivencias de lo rutinario, a las envolturas de las artificialidades y a los gozos dictados por un entorno senil.

En este mismo ejercicio podríamos ampliar el panorama más allá de la urbanidad. Las ciudades, la cultura y necesidades urbanas van fraguando un plan contra los valores y las demás necesidades contrarias a ellos, por ejemplo, las grandes corporaciones desplazan al campesino, lo aísla de su propiedad y estilos de vida, a la vez que los indígenas desaparecen de sus ancestrales territorios; a ellos se los ve a andar por las calles pidiendo dinero precisamente para su supervivencia, despojados de sus modos de vida porque un gran Centro los ha marginado de sus límites de crecimiento. Pareciera que en cada esfera de la vida social estuviera consignada esa relación del Centro y Las Chabolas.

Cabría preguntarnos sobre ese todo continuo, casi perpetuo si no fuera por la muerte, que es la realidad, no como sustancia, sino como hecho social; es decir, en cada momento aparecen cosas, mercancías, productos que luego desaparecen en la inmediatez del consumismo; tenemos algo en nuestras manos y al siguiente día ya no está, deja de existir, sin más; los sentidos parecen engañarnos en esta realidad tan agitada. Sabemos de los procesos requeridos para la elaboración de las mercancías, se es consciente del trabajo que se requiere para su consecución, pero acaso nos preguntamos por el ser detrás de esos aposentos de relaciones humanas que son más relaciones económicas que otra cosa porque así lo ha requerido el mercado. La lógica es la siguiente: si no sirve desaparece, muy válido por cierto, así es la situación, pero las revoluciones tecnológicas y el proceso mismo del capitalismo ha llegado a otros extremos, tanto así que no solo desaparece la mercancía sino toda la sabiduría y vida detrás de ella; se dirá que son improductivos, ineficientes y otras cosas más, pero sinceramente esto es lo que ha estado mal en estos tiempos. Lo digo desde la posición de Cipriano cuya alfarería queda reducida, primero, a las volátiles cambios del mercado, y luego a las técnicas de la estadística moderna, convertida en una pieza simple de abastecimiento del Centro; una alfarería tradicional que termina con él. Probablemente si los muñecos de barro tuvieran conciencia y sensibilidad saldrían bailando de los escaparates del Centro, movidos por sus ganas de escapar de semejante encierro, saldrían hacia cualquier lugar para impedir un control mercantil, una vana domesticación.

Podría hacerse igualmente una analogía de los centros comerciales y la gente o pequeños negocios alrededor de ellos. Las esquinas de las calles son como los santuarios del olvido que luchan por no perecer, los rincones de la supervivencia. Hay vendedores de cualquier cosa desde espejos, fruta, comidas rápidas, cortaúñas, limas, baratijas como se dice popularmente. En esos lugares, en esas personas, parece haber más alegría a pesar de sus desalientos. Al menos tienen la decencia de mirarte a los ojos, ofrecerte el producto; por lo general se encuentran cerca a los grandes centros comerciales, como si, guardando las proporciones, fueran méndigos de lo que dejan esas siniestros imanes del capitalismo.

En la obra también se puede encontrar la figura de “El eterno retorno”; esta como si fuera un neumático con agua en su interior pareciera inherente al tiempo. Es la historia de los fenómenos, las cosas y los sistemas que traen y han traído las mismas causas, los mismos efectos sobre los individuos y que se empecinan con ellos porque es difícil imaginar que otras venga, como si tuviera una lógica inmanente: conocido un efecto los procesos viene incorporados, conocida la violencia, la desigualdad, todo eso corresponde como bien dije a ese todo continuo, a un eterno retorno que se ayuda a su vez de la incapacidad de las palabras de descifrar las circunstancias, porque, aun así, esto, aunque son fenómenos gruesos, son diferentes en sí. La caverna platónica, una ceguera que pareciera inmanente al ser humano aunque no lo es; esperanzas guardadas con esmero para generaciones futuras; historias que se repiten, actividades que desaparecen, otras nuevas que desarticulan historias e ilusiones. Podría parecer una figura fuera de contexto, pero, a mi parecer, es una de las envolturas filosóficas con las que se encierra la caverna y le da consistencia para el transcurso del tiempo. Un eterno retorno que nos advierte de sus peligros cuando aparecen los estatutos de piedras de la humanidad, aquellas seis personas, tres hombres y tres mujeres atadas contra la pared de la caverna, un mundo subterráneo que parece ser el espejo de “El Centro”.

Segundo tema, el ejercicio de confrontar el sistema en los ojos de Cipriano Algor. Él representa la humanización de la actividad de la alfarería, él es el que investiga, siente, quiere agradecer a quienes contestaron en la infame encuesta de consumidor que sí le habían agradado los muñecos. Bajo su complicidad aparece una cotidianidad de frustraciones y esperanzas, de amor, de hastío, es él quien comprueba y trata de distraerse en los placeres artificialidades del Centro que parece haber calcado de las originales aunque nunca logra satisfacerse del todo; es él mismo quien asume riesgos y se lanza en búsqueda del suceso que asusta al Centro; es él quien al dar con la imagen desastrosa de la caverna, sus muertos y estatutos de piedra, decide irse, volver donde Encontrado, que no es más sino un símbolo del pasado, él mismo está en Encontrado, y amar a Isaura, su presente: son ellos las simbiosis del futuro, el quebrantamiento de lo venidero como norma. Es él la voluntad de liberación.

Finalmente, quedan los estatutos de piedra, la imagen de seis cadáveres atados que yacen en la caverna debajo del Centro. No es precisamente por los cadáveres que tanto Marcial y Cipriano se sienten conmovidos, unos esqueletos no es que tenga un peligro potencial, sino por sus significados. Aquí es donde la sensibilidad y humanidad de Cipriano rompen el paradigma de la caverna. Ante todo es la conciencia del encierro y el encadenamiento lo que le lleva a plantearse la analogía de que los cadáveres somos nosotros; ocultos a los ojos de nosotros mismos somos el corazón del Centro. Estar sentado, atado a sillas, cadavéricos, mirando las paredes, siendo los soportes en donde se construye tan basta civilización, ¡A huir! Cipriano prefirió ante todo la verdad y por ésta llegó a la liberación: tomó la decisión irreversible de volver al pueblo por Encontrado pero, sobre todo, por Isaura, motores para romper la apariencia del eterno retorno y su gran alimento la contingencia. Así pues, huye, y al hacerlo, las figurillas de barro guardarán su casa, su pasado, pero se irán combinando con la tierra en una libertad consiente.

¿Cuánto tiempo más habrá que pensar en términos económicos y no humanos? Habrá que deshacernos en lo furtivo y en lo pasional, solo éstas podrá traer nuevas historias.

*Mario Alejandro Neita Echeverry
Politólogo de la Universidad Nacional*